

JUAN SIN MIEDO

Había una vez un padre que tenía dos hijos. El mayor de ellos era listo y despierto, mientras que el pequeño era un poco torpe. Pero había una cosa en la que el pequeño, que se llamaba Juan, superaba a su hermano: Juan no tenía nunca miedo. Pero el muchacho no se sentía orgulloso por eso y siempre andaba diciendo que le gustaría aprender a tener miedo.

Un día el padre se enfadó de tener un hijo como Juan y le dijo que se marchara:

-Toma cincuenta florines y vete a recorrer el mundo. Aprende algo con lo que ganarte la vida.

-Claro padre, tenéis razón. Aprenderé a tener miedo.

-Haz lo que quieras, pero con eso no te ganarás el sustento - le contestó el padre

En su camino Juan llegó a una posada en la que el posadero, harto de oír las ganas que tenía de saber lo que era el miedo le dijo que fuera a ver al Rey, pues había anunciado que entregaría toda clase de riquezas y la mano de su hermosa hija al joven sin miedo que fuese capaz de pasar tres noches en el castillo encantado.

Juan se presentó al día siguiente ante el Rey, a quien le resultó simpático, y le dejó que eligiera tres cosas que llevarse al castillo.

-¿Tres cosas? Mmmm Ya sé: fuego, un torno y un banco de carpintero con su cuchilla.

Cuando el joven sin miedo llegó al castillo encendió una hoguera. Al momento aparecieron unos grandes gatos negros que lo miraban con fiereza.

-Acercaos al fuego si tenéis frío y dejad de perder el tiempo maullando - dijo Juan

-¿Por qué no jugamos antes una partida a las cartas? - contestó uno de los gatos

En ese momento los animales sacaron sus afiladas uñas.

-¡Qué uñas más largas! Yo os las cortaré - y rápidamente los cogió del cuello y los sujetó al banco del carpintero.

Desprovistos de sus garras los mininos se sintieron indefensos y salieron corriendo de aquel lugar.

Cuando el sueño empezaba a hacer mella en el joven Juan sin miedo vio de repente una amplia cama. Se tumbó en ella y la cama empezó a dar vueltas por el castillo. El muchacho estaba encantado de poder recorrerlo entero, pero acabó cansándose de tanta vuelta y se fue a dormir junto al fuego, donde permaneció toda la noche.

Al día siguiente apareció por ahí el Rey convencido de que el joven no habría sobrevivido, y cuando lo vio allí se sorprendió mucho.

En la segunda noche, estaba el muchacho junto al fuego cuando de la chimenea empezaron a caer hombres uno tras otro. Entre todos traían nueve tibias y dos calaveras con las que empezaron a jugar a los bolos.

-Un momento - dijo Juan - así no se puede jugar. Esos bolos no son redondos. Dejadme un momento las calaveras.

El joven les dio forma en su torno y estuvo jugando toda la noche con ellos a los bolos.

A la mañana siguiente el Rey apareció por allí de nuevo.

-¿Qué tal has pasado la noche? ¿Sabes ya lo que es el miedo? -Lo pasé muy bien jugando a los bolos, pero que va... ¡ojalá supiese lo que es el miedo!

Durante la tercera noche, estaba el joven contemplando el fuego pensando en por qué era incapaz de sentir miedo cuando por allí aparecieron seis hombres cargando un ataúd. Lo depositaron en el suelo y el muchacho se acercó al fallecido.

-¡Pero si tiene la cara helada!

Y lo sacó de ahí y trató de calentarlo acercándolo al fuego. De repente el muerto empezó a moverse y se levantó muy malhumorado.

-¿Así que encima que te hago entrar en calor te pones así conmigo? ¡Pues ahora verás!

Y Juan lo volvió a meter en el ataúd y los seis hombres se lo llevaron.

-No sé si alguna vez sabré lo que es el miedo. Parece que no lo conseguiré ni aunque me pase aquí toda la vida - decía el muchacho mientras miraba al fuego de nuevo.

Entonces apareció un ogro que llevaba una barba blanca y larga. Le retó a demostrar quien de los dos era más fuerte y Juan aceptó.

El viejo cogió un hacha y de un hachazo la clavó en un yunque cercano. Pero entonces el muchacho cogió el hacha y repitió la hazaña aprisionando la barba del ogro.

El ogro aceptó que había perdido y le dijo que le daría grandes riquezas si lo soltaba. Lo condujo hasta una de las bodegas de palacio y le enseñó tres arcas de oro.

Pero en ese momento sonaron las doce de la noche, todo desapareció y el pobre muchacho sólo pudo echarse a dormir junto al fuego.

El Rey apareció por el castillo a la mañana siguiente y le preguntó si sabía ya lo que era el miedo.

-¡Qué va! Por aquí ha pasado mucha gente pero nadie me lo ha explicado aún.

-No importa. Has cumplido con nuestro pacto así que te casarás con mi hija.

Al cabo de un tiempo la princesa empezó a hartarse de escuchar constantemente decir a su marido que deseaba saber qué era el miedo.

-Ya sé lo que voy a hacer - dijo la princesa - Fue al río y cogió un barreño de agua fría con muchos pececillos.

Por la noche mientras su esposo dormía, cogió el barreño y se lo tiró por encima despertándolo de un buen susto.

-¡Ah que miedo! ¡Qué miedo madre mía! ¡Ahora sí sé lo que es el miedo!